

E. MIRET MAGDA LENA

Vengo del país luso, y quiero relatar lo más objetivamente posible los datos e impresiones allí recogidas.

En mi opinión no tenemos los españoles una referencia clara de la situación en el vecino país; y, sobre todo, del proceso que allí se está forjando: interpretamos dramática y falsamente lo que no tiene ningún aspecto de desorden general.

Hemos ido a una representación de la Comisión Nacional Justicia y Paz a tomar contacto con algunos dirigentes católicos, componentes también del grupo Justicia y Paz portugués. Dirigentes bien conocidos, y varios de ellos responsabilizados con la actual marcha política, social y económica de la nación.

Nuestra primera información fue dirigida a enterarnos de la situación de la Iglesia. En Portugal ha tenido en la época de Caetano un papel decisivo —de carácter, por supuesto, negativo—, y seguirá tentándolo en un próximo futuro de una manera o de otra. El problema es el conservadurismo de los altos estamentos eclesiásticos y su evidente politización hacia la derecha. El papel del Nuncio ha sido nefasto, porque en medio de un penoso retrogradismo, el alto clero ha sido escogido por intervención suya dentro de esta anacrónica y anticonciliar postura.

Su más perfecta hechura ha sido el Cardenal Patriarca de Lisboa, un obispo de sólo cuarenta y tres años que pretende tranquilamente vivir otros treinta años más dando la pauta de la lentitud, el rutinarismo y la seguridad autoritaria. Y a él se añaden la casi totalidad de los restantes obispos, destacando entre todos ellos el de Braga, diócesis esta conocida por sus posturas religiosas de otros tiempos.

Hay un solo obispo medianamente avanzado que tuvo hace años la valentía de "sufrir persecución por afán de justicia", malquistándose así con el régimen salazarista y temiendo que exiliarse de Portugal y vivir en España. Hace algún tiempo pudo regresar a su país, pero encontró el vacío y la incompreensión entre sus compañeros de episcopado, siendo hoy el único que puede presentar una imagen de independencia respecto a los errores e injusticias de aquel régimen que bien poco tenía de cristiano, pero ante el que la jerarquía se destacó por su silencio y tácita aprobación.

Hoy cualquiera puede comprobar y conocer a las personas —del grupo católico Justicia y Paz, entre otras— que han estado meses detenidas y han sido torturadas por la nefasta Policía Política PIDE. Y ante los testimonios coincidentes de personalidades solventes, siempre contestaba el Patriarca —según me han informado algunos amigos católicos— que el ministro del Interior le había desmentido la existencia de torturas, ya que lo único que existía eran "interrogatorios fatigosos". Y ahora, tras esa triste experiencia, publican los obispos una insa-

tisfactoria carta pastoral demasiado retrasada en el tiempo, y en la que tienen buena memoria —a diferencia de lo que les ocurrió antes— para acordarse de los detenidos actuales, ya que no de las torturas, pues éstas ya no existen ahora. Naturalmente que la postura anterior se intenta aclarar y justificar por el procedimiento de decir que privadamente los obispos intentaban suavizar la dureza del régimen salazarista, porque era más "prudente" hacerlo así.

Los movimientos de apostolado han sufrido también de una situación difícil en el periodo anterior. Estuve con algún dirigente de la Juventud Universitaria Católica, y me contó que desde 1968 no podían publicar su moderada revista, que solamente ahora ha vuelto a salir.

El sistema práctico de gobierno eclesástico es parecido al que pretenden todavía —con bastante poco éxito por cierto— al-

LA IGLESIA Y PORTUGAL

gunos pocos obispos nuestros, en franca minoría y cada vez en menor número. Los signos exteriores de boato y de autoritarismo jerárquico priman en muchos de los obispos lusos sobre cualquier otra consideración. Los Consejos Presbiterales —pieza clave de la moderada democratización propugnada por el Concilio— resultan meras reuniones formales para cubrir el expediente jurídico, y que nada influyen en el criterio episcopal, porque todavía se ve allí todo como una pirámide en la que todo viene y se decide desde arriba, y nunca o casi nunca desde abajo; que es lo que desgraciadamente está pretendiendo Monseñor Cantero entre nosotros con los actuales problemas eclesiásticos y eclesiales de la diócesis de Zaragoza.

Católicos avanzados los hay, como se demostró en la reciente Asamblea de "Cristianos en reflexión permanente", que pidieron en Lisboa la dimisión de la mayor parte de la jerarquía eclesiástica. Creen estos valientes católicos que son tales los equivocados compromisos humanos adquiridos por estos jerarcas que debían retirarse del servicio activo y representativo de la Iglesia. Pero no nos engañemos, estos núcleos —a diferencia de España— son muy minoritarios en el país, y con un grado de avance menor que el existente en estos mismos núcleos en Es-

paña. Desgraciadamente, por virtud del régimen de Salazar, la nación portuguesa está en un grado de subdesarrollo económico, social y político que hace que el núcleo todavía predominante en la Iglesia sea el de los burgueses derechistas, por un lado, y el de los campesinos tradicionales por otro. Ambos grupos sin desarrollar una conciencia social y dependientes psicológicamente de sus rutinarias costumbres en lo humano y en lo divino.

Por eso se han lanzado la mayoría de los obispos, en forma hábilmente discreta, a recomendar un nuevo grupo que lleva la eufémica calificación de "democracia cristiana"; y que esconde una postura francamente derechista. Naturalmente, en público se tiene más cuidado que en privado. Pero el pueblo escucha todavía fuertemente estas voces más o menos claras de los representantes religiosos, porque carece de un sentido crítico desarrollado.

La Carta Pastoral Colectiva reciente ha sido íntegramente publicada por los principales medios de comunicación social (a pesar de que aquí se da la impresión contraria), y ha merecido hasta ahora el respeto silencioso de los partidos políticos, que nada comentan de la misma. Sólo algún periodista, a título personal, o algunas personas católicas en televisión, se han atrevido a criticar parte del documento. Y es que los partidos temen enfrentarse con ese pueblo tradicionalmente religioso de cara a las próximas elecciones; y no ser bastante inteligentes al adoptar una actitud en esta situación social, que sólo se transformará con un tratamiento que cambie la estructura de base. Una oposición violenta a esta Iglesia podría ser utilizada por la Jerarquía como un grito de guerra contra estas transformaciones, apoyándose en el aspecto religioso tradicional que está todavía en la conciencia sin evolucionar de muchos.

Esta situación religiosa —tan distinta de la española— hará más lento con toda probabilidad el cambio radical que el país necesita, y los partidos de la izquierda quieren ser eficaces antes que demagógicos, usando su inteligencia para el cambio eficaz y decisivo de estructuras sin retrocesos.

Las noticias alarmantes de tipo social que aquí llegan están desviadas de la realidad. Los portugueses de cualquier filiación ideológica en general tienen en este momento un gran sentido de su responsabilidad, y ayudan desprendidamente a resolver el grave problema económico existente después de la desdichada política salazarista, que sólo miró a la salud de la moneda y no a la de los ciudadanos. Muchos han dejado de disfrutar sus vacaciones para seguir colaborando al resurgir económico. Ésta es la verdadera faz portuguesa de futuro, a la que colaboran pacíficamente cristianos y no cristianos, en un empeño duro, digno de la mayor alabanza.